

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Joel, un profeta “menor” con un importante mensaje
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Joel, un profeta “menor” con un importante mensaje (14 días)

Día 1

Jl. 1:1; Ap. 1:5-8

Al escuchar el nombre del profeta Joel, quizás nos preguntemos: ¿Por qué es necesario que lo conozcamos? ¿Qué tendrá que ver con nosotros hoy? ¿Por qué su mensaje dado tanto tiempo atrás, podría decirnos algo? Pero, si pensamos sólo en el significado de su nombre, percibiremos algo de lo que él nos quiere decir a nosotros en nuestro país y en todo el mundo: ¡*Yahveh* es Dios!

Aunque no sabemos mucho más que su nombre, e incluso aunque el tiempo de su actuación* no se puede estimar con exactitud, al leer su mensaje seguramente nos conmoverá la pregunta: ¿Acaso sus palabras no llegan al blanco del corazón de nuestro pueblo? ¿Acaso no han tenido muchas experiencias de salvación con el mismo Señor y Dios, y a pesar de eso se han alejado de Él, viviendo en el bienestar, y siguiendo a otros dioses?

Joel nos quiere decir: El Señor es Dios. Él es Aquel que es, que era y ha de venir, El Todopoderoso. Él también es el Creador (Comp. Gn. 2:4-7; Éx. 3:13-15.) Por eso, ¡vuelve a Él, quién quiera que sea! ¡Regrese, no importa dónde se haya perdido en el camino, porque Él sigue siendo “misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia” (Jl. 2:13)! Y También: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Sal. 103:13).

Este es el mensaje de Joel: ¡Tomad en serio al Creador del cielo y de la tierra, quien también os ha creado a vosotros a su imagen, para que fueseis los representantes de Dios en el mundo! ¡Vivid de acuerdo a ese cometido, así no tendréis que temerlo como juez, no, pues entonces Él podrá ser vuestro Padre!

Hoy me pregunto: ¿Quién es *mi* Dios?

*concordamos con muchos expositores que lo asignan, como también la Biblia hebrea, al grupo de los profetas menores antes del exilio y que estipulan su actuar durante el gobierno del rey Joás de Judá (835-796 a.C.)

Día 2

Jl. 1:2.13-15; 2:12.13; 3:17.21; Gn. 3:8

Joel tenía, como todos los profetas, el cometido de hacer volver al pueblo a la adoración al Dios viviente y verdadero. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso ellos se habían olvidado quienes eran? ¿Se habían olvidado quién era su Dios? ¿Puede ser que ellos se habían olvidado que con su vida debían ser una señal visible de la presencia del Dios invisible? Por medio de su pueblo, Dios, el Señor, quería declarar: “De Jehová es la tierra ... el mundo y los que en él habitan” (Sal. 24:1).

Al final del libro de Joel se aclara qué es lo que le importa a Dios; y los que hoy le adoran, lo testifican en cada culto: “Santificado sea *tu* nombre; ... porque tuyo es el reino y el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén” (Mt. 6:9.13b). Todo el libro demuestra el santo amor de Dios que invita a los hombres de todos los pueblos a conocer y reconocer Su santo nombre en medio de su pueblo. Además se declara: la adoración significa la entrega de la vida por amor a Él, que la ha dado (comp. Ro. 12:1).

Pero, ¿cómo será posible que la presencia de Dios sea reconocida, si su pueblo olvida a su Dios y se inclina a los valores y dioses de los demás pueblos? ¿Cómo puede el Dios santo santificar a su pueblo? Él lo hace hablando: Él habla por medio de sus *sacerdotes*, que enseñan a los hombres la ley de Dios; por *profetas* que los hacen volver al Señor, cuando ellos se hayan alejado de Él. “Palabra de Jehová que vino a Joel, hijo de Petuel” (Jl.1:1). Él puede llamar la atención también a través de *situaciones* en la naturaleza y por cambios de poder en el gobierno o en la política del país. Lo que hace saber a su pueblo entonces puede dar mucho temor o ser curativo: “¡El día del Señor vendrá!”

Algunos lo experimentarán como juicio y otros como rescate y liberación. ¿De cuál lado estoy yo?

Día 3

Jl. 1:1-4.15.18-20; Sal. 25:14

“¡El Señor es Dios!” Éste era el mensaje de Joel para su pueblo, que conocía a su Dios, pero por vivir bien, ya no lo tomaba tan en serio. Los cultos a Dios ya no tenían importancia, quizás lo vieran como algo molesto de su cultura.

Tal vez a la gente de aquel tiempo le pasaba algo similar como a muchos hoy: Se piensa rara vez en Dios, pero cuando viene una plaga, una época de sequía u otros catástrofes naturales, entonces se lucha por todos los medios para arreglárselas sin Dios; o se le acusa: “¿Por qué Dios permitió esto?” Deberíamos preguntar también: “¿*Qué* quiere decirnos Dios con todo esto?”

Joel vio la vida desde el campo de visión de Dios. En su vida el Señor tenía el primer lugar, por eso Dios le dio una profunda visión de Sus pensamientos, caminos y planes. De este modo Joel podía interpretar los sucesos de su tiempo y al mismo tiempo ver acontecimientos futuros. Incluso en la plaga de las langostas de su época podía sentir el anhelo del corazón de Dios que ve a su pueblo y a cada uno en particular. Es Su propósito el hacer volver a cada persona a través de todos los sufrimientos a Él, a la casa junto a Él.

Así, cada situación apremiante puede llegar a ser un “llamado a casa” de Dios. Aunque en la vida personal queden preguntas sin respuestas y dolorosas situaciones, podemos junto con Joel, a pesar de perspectivas difíciles del futuro, tener esperanza, pues “¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras él ...”? (Jl. 2:14).

Como profeta él nos proclama o declara: ¡Confía en Dios, pase lo que pase y lo que pueda venir! ¡No te desespéres, busca Su rostro mientras que Él se deja encontrar (comp. He. 10:35; Jer. 29:13b.14; Sal. 27:8)! Solamente la persona que confía en Dios puede decir: “Sí, si estoy en lo peor, me alegro por tu cuidado; yo sé que, los caminos por los que Él me lleva, son todos caminos de milagros” (P. Spitta). (Lea 1.P. 5:6.7)

Día 4

Jl. 1:1-4; 1.S. 17:45-47; 1.R. 18:36-39

“¡El Señor es Dios!” ¿Qué significa esta confesión en nuestros días, después de la época del reconocimiento, en la que Dios fue reemplazado por la razón y entonces suprimido al lugar privado del cerebro humano?

Sin embargo, también el hombre de hoy ha sido creado por Dios para adorarlo a Él. ¿Acaso no es por eso que el hombre ha intentado llenar ese vacío del siglo “razonable” con otros “dioses” y métodos curativos? ¿No es así que el hombre se topa con su nostalgia por sentido y ayuda en nuestra sociedad multicultural con múltiples ofertas religiosas e ideológicas, que parecen tener todas la misma validez? ¿Qué significa ser un mensajero del Señor en medio de ese espíritu de la época?

Joel en su tiempo no se callaba. Él anunciaba “la Palabra del Señor” en las circunstancias amenazadoras en medio de los temores de su propia existencia. En el nombre del Señor transmite la interpretación de las aparentes catástrofes naturales. Todos debían entender: Dios mismo quiere conseguir con esto la atención de su pueblo. Las experiencias de la bondad y del bienestar no los han impulsadas a la adoración y la confianza en Él. Ahora Él intenta encontrar una vía en sus corazones a través de pobreza y privación.

Preguntémonos: ¿acaso la mejora de calidad de vida en los años pasados, nos ha acercado más al Señor? ¿Se llenan nuestras iglesias con personas que agradecen y alaban a Dios, y porque (muchos de nosotros) podemos vivir en paz? ¿Hemos entendido el lenguaje de la bondad de Dios y respondido con la entrega de nuestra vida como el único “culto racional” a Él? (Comp. Ro. 2:4; 12:1; lea y medite Sal. 1:1-6.)

Día 5

Jl. 1:1-12; Éx. 10:1-20

Intrépidamente Joel anunció la palabra de Dios a la sociedad de su tiempo. Él no se dejó reprimir con su mensaje a un lugar privado. No, él habló a los *ancianos*, a los líderes responsables de su pueblo y a toda la gente: “¡Oíd esto!” (v.2-4; comp. Hch. 18:9.10). Él aludió al desastre actual y se dirigió en primer lugar a la generación de los responsables, los cuales tienen una visión retrospectiva mayor. Con su pregunta Joel les exigió una evaluación de la situación: ¿Ha acontecido esto ya alguna vez? Cómo si les quisiera pedir: ¡Sed sinceros! ¡No lo entendáis como una crisis pasajera! ¡Reconoced la señal de Dios!

Joel podía esperar que ellos se acordaran de *una* de las diez plagas que en aquel tiempo sufrió el pueblo de Egipto, porque tenían a Israel esclavizado ilegítimamente. También en aquel tiempo Dios quería conseguir la atención de los responsables con una *plaga de langostas*, porque se habían cerrado a Su Palabra.

¿Acaso ahora, el pueblo de Dios mismo tenía un corazón duro para su Señor, el cual los había liberado en aquel tiempo? Aun en medio del desastre Dios busca conseguir su atención: “¡Oíd!” Después se dirigió a los *borrachos* (v.5-7). ¿Puede ser que ellos representen a los indiferentes, a los que buscan el placer, a los despreciadores de Dios? A ellos clamaba: “¡Despertad!” Como si quisiera decir: Todo se os quitará, vuestro bienestar, vuestra seguridad, vuestra autosuficiencia. Pensad otra vez en vuestro Creador y Redentor, quien os ha liberado de la esclavitud y os ha traído a esta tierra. Por eso vosotros no debáis tener otros dioses delante de Él (Comp. Éx. 20:1-3.)

Finalmente Joel se dirigió a los *campesinos* (v.8-12). Ellos eran los que sentían las pérdidas de primera mano. Ellos gimeron y lloraron. ¿A quién se podrían dirigir? (Comp. Sal. 43:1-5.)

Día 6

Jl. 1:13-20; He. 4:15.16

Habían enjambres de langostas y un período de tremenda sequía que le quitaron al pueblo de Israel en el siglo 9 a.C. la base de su existencia y lo arrojó en gran pobreza y sufrimiento. ¿Acaso esa necesidad los llevó a la casa de Dios? ¿Atendieron el llamado para volver al Señor de la creación? ¿Se humillaron delante de Él, reconociendo su dependencia de Él y pidieron nuevamente Su bendición? Todavía no eran ejércitos de enemigos que saquearon su país, no, sino eran pequeños insectos que destruyeron su vida y existencia. “¿De dónde vendrá el socorro?”, probablemente se preguntaban (comp. Sal. 121:1.2).

Entonces Joel se dirigió a los *sacerdotes*: “Ceñíos y lamentad, sacerdotes, gemid, ministros del altar ...” Ellos debían llevar las angustias del pueblo en oración sacerdotal delante de Dios. Su cometido era ponerse al lado de los sufrientes y enseñarles también los intereses de Dios en enseñanza y intercesión (comp. Ro. 12:15). Por eso Joel los exhortaba: “¡Proclamad ayuno, convocad a asamblea! ¡Congregad a los ancianos y a todos los moradores de la tierra en la casa de Jehová vuestro Dios, y clamad a Jehová!” (v.14) Un culto a Dios donde participaba toda la nación debía conscientizar a los israelitas no solamente de su dependencia de su Creador, sino también prepararlos para recibir su amor y bendición.

También hoy existen desastres naturales por virus y bacterias que pueden destruir grandes zonas del campo. Entonces hombres y animales sufren daños o pierden su vida. Se invierte mucho dinero en métodos para luchar contra esos daños, para mantener la vida de los que están en peligro. Pero, ¿acaso invertimos también esfuerzos para la relación con Dios, el que rige sobre vida y muerte? ¿Hay también hoy en día siervos de Dios que llaman al arrepentimiento y cambio de vida? (Lea 1.P. 2:9.)

Día 7

Jl. 2:1-13; Dt. 28:1.2.13-15; 30:1-3

En la presente crisis, Dios reveló a su profeta un escenario futuro, por el cual las langostas eran una visualización muy concreta. También este cuadro futuro Joel lo compartió según el mandato de Dios a su pueblo. Cuándo sería esto, no lo sabía. Para lo que ellos debían hacer entonces, les dio claras instrucciones: *¡Tocad trompeta!* Porque ahora se trataba de un guerra verdadera. Con la trompeta los guardas debían advertir al pueblo (comp. Nm. 10:9.10; Jer. 4:5; 6:1).

También se tocaba para fiestas religiosas, pero en este caso, aquí, debían proclamar ayuno. Los hombres debían reconocer: “Ruegos y lágrimas son las armas de la iglesia” (M. Lutero).

Joel aún no sabía que alrededor de 100 años después el gran poder de los asirios, al norte de Israel, iba a conquistar muchos países y también el reino del norte de Israel, y que, como las langostas no se los podría frenar. Incluso Jerusalén sería sitiada. Pero ya ahora Joel podía decir: esta angustia es como la plaga de las langostas “día del Señor” (cap. 1:15; 2:1.11).

Él era aquel que estaba detrás de esa plaga; Él también permitiría que ese pueblo extraño irrumpiera en Israel. Sin embargo no era la voluntad de Dios abandonar a su pueblo. Sino sería la consecuencia de su propia decisión *en contra de Él* y de servir a otros dioses, y por eso serían conquistados y vencidos.

¿Nos asusta que Dios tome tan en serio al hombre? O, ¿puede ser que hemos perdido en nuestro tiempo, en el cual todo es posible y parece correcto, el sentido por la verdad, justicia y santidad de Dios?; o, ¿por la gran libertad del hombre, de vivir con o sin Dios?

Aún hay tiempo para el regreso. Aún Él nos llama (Comp. Jn. 3:16.36.)

Día 8

Jl. 2:12-17.25; Ro. 8:1-3.31-39

Una vez más, Joel convocó un día nacional de arrepentimiento y contricción. Pues solo Dios puede frenar al ejército enemigo, sólo Él puede salvar a su pueblo de las consecuencias de su alejamiento.

Hasta hoy existe un solo camino para salir de la dependencia de los poderes de este mundo: regreso a Dios, quien pagó en Su Hijo Jesucristo el precio del rescate. Solo Él puede invitar: “¡Arrepentíos, y creed en el evangelio! ... Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Mr. 1:15; Jn. 8:31-36).

El que ve la verdad de su vida a la luz de la Palabra de Dios y le da la razón a Dios, para este comienza un nuevo futuro de libertad del juicio, pues Jesús mismo intercede por él porque ya ha pagado por su culpa. El que confía con toda su vida incluyendo todas las cargas y culpas, sobre este vence la esperanza que nunca le defraudará (Col. 1:27; Sal. 25:1-3). Pase lo que pase en este mundo, nada le puede separar jamás del amor de Dios. El Padre de Jesucristo es entonces también nuestro Padre, y Él no se deja separar de aquel que está unido a Él.

Enfrentémonos a las siguientes preguntas: ¿En cuál error he incurrido ya? ¿De cuál espíritu de la época me he dejado seducir, causando problemas a mí y a otros?

Lo que ha pasado no lo podemos cambiar ni borrar, pero Dios puede y quiere restituirnos los años que hemos perdido por andar por caminos equivocados. Solo una cosa es necesaria: “¡Convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento!” Porque también ahora existe la posibilidad de conseguir el perdón de los pecados y una nueva vida. (Comp. Ro. 6:22.23; 2.Co. 5:17.21.)

Día 9

Jl. 2:16-27; Dn. 9:8-11.13-19

Todo el pueblo de Israel estaba en peligro y sufría las consecuencias de su apostasía. Por eso la invitación al culto de arrepentimiento y oración debía extenderse a todos los habitantes del país. Tanto los altos dignatarios como los menos importantes y pequeños debían tener la oportunidad de arrepentirse bajo la culpa propia y la de los demás. Porque todos ellos recibirían también la bendición la que Dios quiere obsequiar, cuando los hombres se vuelven humildes a Él. Viendo la amenaza por los ejércitos de los enemigos los sacerdotes debían llorar (v.17) en representación de todo el pueblo y orar: “Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen de ella. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: ‘Dónde está su Dios?’”

Las razones para la intervención salvadora de Dios, que Joel mencionó, también nos pueden guiar a nosotros en oración por nosotros mismos y por otros: a. Por favor líbranos, pues somos tuyos. b. Acuérdate de la gloria de tu nombre, para que los pueblos no puedan burlarse diciendo: “Él no lo consiguió, no pudo ayudar a aquellos que una vez había salvado”. (Comp. Éx. 32:11-13; 33:12.13; Ez. 36:22-24.)

Si un pueblo se arrepiente de esa manera ante Dios y ora, también puede ser entonces partícipe de aquello que el Señor quiere hacer para su pueblo y su país, aun cuando la guerra y el terror fueran una dolorosa realidad: “Haré alejar de vosotros al del norte ... Tierra, no temas; alégrate y gózate, porque Jehová hará grandes cosas”.

La sensacional historia de la salvación del pueblo de Judá ante el inmenso ejército asirio alrededor de 100 años más tarde, se puede leer en 2.R. 19:15-22.28-35. ¡Qué admirable es Dios!

Día 10

Jl. 2:28-32; Ro. 10:13; 2.Co. 6:2

¿Hay algo que el profeta Joel tenga que decirnos a nosotros, hombres del siglo 21? Así hemos preguntado al comienzo. A más tardar ahora queda claro: La Palabra de Dios es una Palabra para todo el mundo, su ofrecimiento de salvación vale a todos los pueblos; cualquiera que "invocare el nombre de Jehová será salvo". Lo que Joel vio aquí y expresó, es singular entre todos los profetas: El Santo Espíritu de Dios será derramado sobre *todos* los hombres. Entonces cualquiera puede reconocer al Dios trino, el que en Cristo Jesús se hizo hombre. Esto significa futuro y esperanza para *todos los que creen en Él*. (Comp. Jn.1:12; 1.Ti. 2:4.) Pues Él es aquel cuyo reino fue aprobado por Dios para siempre y del que dijo el profeta Natán: "Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo" (2.S. 7:14; comp. Sal. 2:7-12; Is. 9:6).

Si Jesucristo hace a aquellos que invocan Su nombre sus hermanos, entonces ellos tienen acceso a Dios y pueden decirle a Él: "¡Abba, querido Padre!" (Ro. 8:15.29; comp. Jn. 20:17).

Judíos y gentiles, nadie está excluido: Dios es nuestro Padre. (Comp. Ef. 2:18-22.) El Espíritu Santo lo aclara: La persona clave para llegar al Padre celestial viene de este pequeño país Israel, a causa del cual muchos pueblos se pelean, y de este pequeño pueblo de los judíos, por el cual muchos pueblos se enojan. Aunque ellos muchas veces se habían alejado de su Redentor, los juicios de Dios, eran la búsqueda de Su amor ardiente que sufrió junto con ellos. Sin embargo, todos estos días de juicio solamente son sombras del gran "día del Señor" al final del tiempo.

Es importante que nosotros nos preparemos para el futuro de Dios. ¡Aún es tiempo de gracia! ¡Aún es día de salvación!

Día 11

Jl. 2:28 – 3:2; Hch. 2:14-22.32.33

Por encargo de Dios, Joel hizo saber a su pueblo: Existe un último “día del Señor”, en el cual las luchas por el poder político de los pueblos tendrán su final. Todo se trata entonces de Israel, el cual sufrirá todo el odio del mundo contra sí mismo y su Cristo, y finalmente será vencido por Él mismo y Su gran poder y soberanía.

En el judaísmo el día comienza a la tarde. Joel vió en la segunda parte de su pequeño libro, lo que pasará *antes* de esa tarde, y *en la noche* y en el *nuevo día*. *Antes* de la tarde vió un movimiento internacional de avivamiento por el derramamiento del Espíritu Santo sobre todo el mundo. Desde Pentecostés lo experimentamos *nosotros*: a través de todos los niveles sociales y sistemas políticos hay hombres que comprenden el amor del verdadero Dios y pueden testificar de eso, sin importar cuál educación hayan tenido (Jl. 2:28.29; comp. Hch. 4:8-13).

El apóstol Pedro en su sermón de Pentecostés, se refería a ese derramamiento del Espíritu Santo y lo relacionó con la resurrección de nuestro Señor de los muertos (Hch. 2:32.33). Por eso ahora para todos los hombres es posible arrepentirse, y junto con el Señor resucitado y glorificado regresar a la casa paterna de Dios (lea Hch. 2: 38-41; comp. Sal. 23:1.6; Jn. 14:1-6).

En aquel tiempo unos tres mil hombres aceptaron esa invitación en el nombre de Dios, y así se difundía el evangelio al norte y al oeste y influenciaba el llamado “occidente cristiano”.

Cuando Dios quiere hacer historia con pueblos, entonces llama a personas en particular. Saulo de Tarso, un famoso enemigo del cristianismo, se encontró con el Cristo resucitado. Por ese encuentro llegó a ser un hombre nuevo. Jesús le confiaba la tarea de llevar el evangelio a todo el mundo. Nosotros disfrutamos hasta el día de hoy del hecho que Pablo fue obediente. (Comp. Hch. 9:1-18; 26:9-20; lea 1.Ti. 2:4.)

Día 12

Jl. 3:1-16; Ro. 11:25-29

Joel vio los sucesos de su tiempo a la luz de la Palabra de Dios. Así llegó también a ser un mensajero de Dios para su época. Pues en el último capítulo de su libro también se abre el último gran capítulo de la historia mundial. “Porque he aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad, a quien ellas esparcieron entre las naciones, y repartieron mi tierra” (v.1.2).

En el último “día del Señor” brilla en medio de la oscuridad de la noche la luz del inquebrantable amor de Dios para su elegido pueblo de Israel. Él cambiará su destino y revelará a todo el mundo a *quien* pertenece ese pueblo y esa tierra. Su promesa los debía iluminar como una gran luz: “Y conoceréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella” (v.17).

Justamente en la noche esa promesa de su Dios les debería dar sostén y consuelo. Pues la angustia para su pueblo será muy grande. Como pueblo, Israel ha experimentado el odio del mundo a través de los siglos. Pero al final del tiempo Dios juzgará a los pueblos, que los han maltratado y no se arrepintieron. (Lea Zac. 2:8.)

Por su profeta Él llama ya aquí a los pueblos a la batalla (v.2). El vencedor es establecido ya: Dios, el Señor, cuya voluntad se cumple y cuyo plan de salvación llega a la meta. ¡Él mantiene la última palabra! “¡No llores! He aquí el León de la tribu de Judá ... ha vencido” (Ap. 5:5; lea Jl. 3:20.21; Ap. 21:3-5).

Día 13

Jl. 3:12-19; Mt. 25:31-46

Joel dibujó un cuadro simplicista. Él no describió particularidades ni da una guía del tiempo. En grandes rasgos se definió claramente: Cada pueblo decide por sí mismo en cuál lugar luchará, a favor o en contra de Israel. Ningún pueblo se puede esconder de este Dios que vió y ve, lo que ha hecho y hace al pueblo de los judíos. Se nombró a algunos pueblos por su dureza y violencia.

¿En qué lugar estará nuestro pueblo: junto a Israel o en contra? Para tomar decisiones sanas para el futuro, se necesita una mirada sincera retrospectiva. Con el profeta Joel podemos pensar, si algo así aconteció ya una vez en nuestro tiempo o en el tiempo de nuestros antepasados (comp. Jl.1:2).

Aquel que se quiere acordar, sabe: También el pueblo alemán hace setenta años tuvo un liderazgo político, que estaba encerrado (preso) en enemistad diabólica y odio contra Cristo, sus seguidores y el pueblo de los judíos. Aún viendo la derrota, los líderes políticos y los súbtilos estaban obligados a seguir en esa línea. Como hijos de la guerra o nietos del "Tercer Reich" hemos recibido una herencia muy pesada y estamos también involucrados en esa culpa.

Pero como para el pueblo de Israel en el tiempo de Joel, también para nuestro pueblo vale el llamado de Dios: "¡Convertíos a mí con todo vuestro corazón ... rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios!" (Comp. Jl. 2:12.13.) Ninguno tiene que seguir preso por el espíritu de odio y de enemistad. "Todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo" (cap. 2:32) y puede vivir bajo el gobierno liberador del Espíritu Santo. Él cambia a perseguidores de su pueblo en amigos y seguidores del Rey, cuyo reino es amor y permanece para siempre. ¿Soy yo un amigo del pueblo de Dios? (Lea 1.Ti. 1:12-17.)

Día 14

Jl. 3:17-21; Is. 6:1-8

Joel es sólo un profeta entre los “menores”. Sin embargo tiene un mensaje tremendo para anunciar. “El día del Señor” viene, y después de la noche comienza una *nueva mañana*. Entonces su pueblo reconocerá que “yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte”. Todavía allí viven muchas personas sin salvación, pero cuando el Mesías vuelva, serán libradas de su rebelión contra Aquel al que han horadado, y serán un pueblo santo (comp. Zac. 12:10; 13:1), que reconocerá al Dios trino. Desde ese día comenzarán para Israel tiempos de sanidad, y “Jehová morará en Sion” (v.21).

El libro de Joel trata temas grandes y serios. Por eso nos preguntaremos al final del libro con mucha insistencia: ¿Nos hemos animado a mirar retrospectivamente y nos hemos acercado con ruegos y llanto a Aquel que puede salvar perpetuamente? (Comp. He. 7:25.) Pues: “Solo los que oran podrán tener éxito para sostener la espada sobre nuestras cabezas y luchar con vidas santificadas contra las potencias del mundo. ...” Esto es parte de una poesía que compuso Reinhold Schneider bajo peligro de muerte en 1936 en Alemania.

Desde siempre sacerdotes y profetas han llamado a su pueblo al arrepentimiento en el nombre de Dios. Ellos no eran mejores que sus padres y no eran perfectos (comp. 1.R. 19:4; Stg. 5:17.18), pero se habían consagrado al Señor.

Nosotros podemos creer: Dios también nos llama a nosotros a su servicio, Él nos purifica y capacita. Pues Él necesita también hoy personas que se arrepienten, que oran y enseñan la Palabra de Dios, que oyen la confesión de alguien y que testifican: “¡El Señor es Dios!”

¿A quién podrá enviar? Siendo pequeño o mayor, joven o anciano, nosotros podemos contestar como lo hizo Isaías: “Heme aquí; ¡envíame a mí!” (Is. 6:8b).